

LA OBEDIENCIA MONÁSTICA¹³

Desde el principio es necesario hacer una distinción entre la Obediencia Evangélica en el interior de la cual se inscribe la obediencia religiosa según una modalidad particular, y la obediencia política (palabra tomada del vocabulario de Aristóteles y de santo Tomás).

1. La Obediencia Política

Es la obediencia de todo miembro de una sociedad al jefe de la misma en vista del bien común. Se verifica en el Estado y también en la Iglesia. La Iglesia, en efecto, es una sociedad que tiene su bien particular, el bien común espiritual, jefes que mandan para el servicio del bien común y fieles que obedecen a sus jefes en esta perspectiva. Aun a nivel de nuestra vida religiosa y en los monasterios, hay necesidad de obediencia política. Esto es muy importante. El Monasterio es una sociedad constituida que tiene su fin específico y algunas veces un fin temporal también. Hay en él jefes al servicio del grupo y de los individuos y que están obligados a dar órdenes al servicio del bien común.

Esta obediencia no es todavía la obediencia religiosa; ahora bien, de hecho hasta el presente, en la espiritualidad corriente la confusión entre la obediencia política y la obediencia religiosa ha sido constante. Cuando se habla de obediencia religiosa, se habla siempre en términos de autoridad y de obediencia a la autoridad. La obediencia política es necesaria, pero no puede ser el objeto de un voto puesto que es obligatoria. Se desprende de la moral natural. Así, por ejemplo, no se hace voto de no robar.

Esto hace que si nosotros hablamos hoy de cambios en la manera de gobernar un monasterio o si hablamos de corresponsabilidad, por ejemplo, nos encontramos en un campo que no toca todavía a la verdadera obediencia religiosa.

2. La Obediencia Evangélica

Para comprender bien la obediencia de la que hicimos voto, será necesario comenzar por un estudio de la obediencia en el Nuevo Testamento.

Hay en los Evangelios y particularmente en san Pablo una doctrina cristiana de la obediencia dirigida a todos los fieles. Ciertamente no en el sentido de obedecer a los poderes públicos sino en el sentido de buscar sin cesar la voluntad de Dios, de estar atentos a la voluntad de Dios, más aún, de buscarla con una cierta inquietud. Muy frecuentemente san Pablo desea a sus fieles el conocimiento de la voluntad de Dios. Es el objeto de su oración, de su solicitud, conocer la voluntad de Dios, poder obedecer. “Revisad todos vuestros deseos, no caminéis según *vuestras* voluntades, sino caminad según el *deseo de Dios* o la *voluntad de Dios*, siguiendo a Cristo quien nos ha dado un ejemplo único de obediencia, renunciando a lo que nosotros llamamos voluntad propia para hacer la voluntad de Dios a través del sufrimiento, la prueba, la cruz, la muerte”. La *Epístola a los Hebreos* tiene esta fórmula extraordinariamente fuerte: sobre la Cruz Cristo se

¹³ El texto aquí presentado –que nos ha sido gentilmente cedido por las Monjas Benedictinas de Cuernavaca (México)– es el fruto de notas sueltas tomadas en el curso de una serie de conferencias dadas a la Unión de Benedictinas de Bélgica. El Padre Louf ha accedido cordialmente a nuestro deseo de publicarlo aun cuando la redacción definitiva no sea suya. A través de estas líneas *CUADERNOS MONÁSTICOS* desea expresarle su agradecimiento. Tradujo: Monasterio Sta. María de Guadalupe. Apartado 488 - Cuernavaca (Morelos) – México.

ofreció “con un grande clamor, con lágrimas y súplicas a su Padre que podía salvarlo de la muerte y Él, siendo como era Hijo, aprendió sufriendo lo que es la obediencia, y por tanto para aquellos que a su vez le obedecen, viene a ser principio de salvación y vida eterna” (5,7-9). Este es el gran trabajo del cristiano: buscar la voluntad de Dios y estar dispuesto a seguirla, entregarse a ella y seguir a Cristo a través de la muerte, hacia el Padre. Ahí hay una virtud cristiana de la obediencia. Esta obediencia se pide a todos los cristianos pero por un motivo completamente distinto al de la obediencia política. No para el servicio del bien común sino para obrar como cristiano, para caminar hacia donde El caminó. “*Mortificatus carne, vivificatus spiritu*”, dice san Pedro en su primera Epístola hablando de Cristo. “Por lo cual, vosotros también mortificados en la carne, sufriendo en la carne, viviréis en el Espíritu”.

3. La Obediencia Religiosa

Cuando consideramos la historia de la obediencia en el ascetismo, en los primeros ascetas, en los documentos pre-monásticos, en la frontera entre el segundo y el tercer siglo, en los padres apologeticos, etc., vemos que no se habla tanto de obediencia, sino más bien de seguir a Cristo en su humillación. Es ahí donde comienza a aparecer por primera vez la obediencia religiosa: “Seguid a Cristo en su humillación obedeciendo a vuestros hermanos, a los acontecimientos, a las contrariedades”, todo ello es ocasión de seguir a Cristo para quien se encuentra en estas situaciones con fe. Evidentemente también cuando obedecéis a los que os mandan, cuando debéis renunciar a vuestra voluntad propia, haced como Cristo quien condenado por la autoridad pública por amor a su Padre se ofreció a través de la obediencia. Es ahí, en este contexto mucho más amplio de la obediencia evangélica, donde aparece la obediencia religiosa: “Seguid a Cristo en su humillación y en su sufrimiento”. El texto más antiguo, un documento siríaco, donde aparece la obediencia religiosa, tiene exactamente este sentido.

En el capítulo consagrado a los religiosos en *Lumen Gentium*, cuando se trata de la obediencia religiosa, se la presenta a la luz de la humillación de Cristo. Esto es completamente tradicional. Seguir a Cristo hasta el absurdo de la obediencia. Obediencia en el sentido más amplio de la palabra. Cada vez que tengo ocasión de renunciar a mi voluntad propia lo hago en la alegría porque encuentro a Cristo, sea frente a un hermano, frente a un superior, frente a un acontecimiento. Para san Benito, la obediencia no se limita solamente al Abad. Hay un capítulo particular consagrado a la obediencia a los hermanos, no importa cómo sean. Alegría de renunciar a la voluntad propia frente a otro.

¿Cuál es la razón de esta obediencia? Es muy difícil que los oídos modernos la comprendan, no hay razones humanas para caminar así. Llegamos a un punto en el que la obediencia viene a ser una experiencia espiritual. Es la misma cosa para el celibato. No hay motivos verdaderamente humanos suficientes y satisfactorios para predicar la virginidad. Por la obediencia, nosotros no tememos esta exigencia porque cuando se ha hecho la experiencia de lo que ello significa existencialmente para cada uno de nosotros, sabemos que es bueno. Yo llamo a esto obediencia quirúrgica, es decir, algo que nos dilata interiormente, que nos restituye a la libertad interior de amor a Cristo. El Capítulo de san Benito sobre la obediencia en las cosas imposibles pertenece a la más pura tradición. Cuando uno es presionado al absurdo de la, obediencia, la razón última que san Benito ofrece para obedecer no es: tu superior representa a Dios, él conoce mejor que tú el bien común, sino: es bueno para mí tener ocasión de renunciar a mi voluntad propia y de seguir al Señor precisamente de esta manera.

Ahora bien, si esto se hace al servicio del bien común, tanto mejor, pero no es necesario. La obediencia pública puede estar integrada pero no necesariamente.

Dos Complementos

1. – Otro aspecto de la obediencia es el de considerar al superior religioso en su condición de responsable de tal comunidad cristiana particular. El monasterio es una célula de la Iglesia. La autoridad no viene únicamente de abajo, no es democrática. La autoridad está ligada a una misión de parte de Dios. “Como el Padre me ha enviado, así Yo os envío”. Esto es lo que hace el superior, para el que lo ve con fe, representante de Cristo en medio de la comunidad. El Abad tiene el lugar y lleva el nombre de Cristo. El monje que obedece al superior, a su hermano, sabe que recibe el llamado de Cristo.

2. – Hay todavía otro aspecto de la obediencia que integra toda obediencia religiosa, hasta hoy, pero que tal vez, ha sido conservada más particularmente en la tradición monástica, porque es una situación *típicamente monástica*. En la Regla de san Benito, el Abad es algo más que el responsable, algo más que el jefe de su Iglesia, es el padre espiritual de su comunidad.

En el desierto, el padre espiritual formaba con sus discípulos una pequeña comunidad y el Abad benedictino guarda *algo de eso*. ¿Qué es la obediencia al padre espiritual? Es algo muy particular que no está al servicio del bien común; no se trata tampoco del jefe de la comunidad que interpreta la vida de la comunidad a la luz del Evangelio, se trata de una relación nueva: la tradición espiritual. La experiencia monástica es transmitida de padre a hijo. Es necesario que el discípulo aprenda a discernir la voluntad de Dios sobre él Y a encontrar en su corazón lo que es atractivo del Espíritu Santo y lo que es de su voluntad propia. El discípulo no está preparado para esta obra de discernimiento, por eso tiene necesidad de un padre espiritual. Se trata de una situación de fe en la que el padre y el hijo están totalmente comprometidos, procurando encontrar juntos la voluntad de Dios en una obediencia mutua. Es en este dominio donde la obediencia monástica puede ir muy lejos en la medida en que el hijo crea y en la medida en que también el padre crea. Esto va infinitamente más allá del bien común de la comunidad.

No es posible imponer este tipo de obediencia a alguien que no está preparado y que no ha sido llamado para ello, que no ha recibido esta gracia. Los diferentes aspectos de esta obediencia son carismas.

Si actualmente se plantean problemas de corresponsabilidad en el interior de las abadías, hay que tener mucho cuidado de *no confundir* las diferentes formas de obediencia. Es muy necesario disociar las dos cosas.

“Qui potest capere, capiat” (el que pueda entender, que entienda).

*Abad de Sainte-Marie-du-Mont
59 - Godewaersvelde, Francia*